

INTRODUCCIÓN 156

EL PENSAMIENTO UNIVERSITARIO DE RODRIGO FACIO. SU CONTEXTO HISTÓRICO SOCIAL

Daniel Camacho Monge

Profesor Emérito

Director de la Revista de Ciencias Sociales

Premio Rodrigo Facio 2016

Universidad de Costa Rica

PALABRAS CLAVE: UNIVERSIDAD * REFORMA UNIVERSITARIA * RODRIGO FACIO * HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA * ESTUDIOS GENERALES * DEPARTAMENTALIZACIÓN UNIVERSITARIA * ESTUDIANTES * UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

KEYWORDS: UNIVERSITY * UNIVERSITY REFORM * RODRIGO FACIO * HISTORY OF THE UNIVERSITY OF COSTA RICA * GENERAL STUDIES * UNIVERSITY DEPARTAMENTALIZATION * STUDENTS * UNIVERSITY AND SOCIETY

Rodrigo Facio no sospechaba su cercana desaparición física, cuando pronunció su último discurso de graduación y de clausura del año lectivo, en diciembre de 1960, después de más de ocho años de ejercer brillantemente la Rectoría de la Universidad de Costa Rica.

En prosa inspirada, dijo en esa ocasión:

Una vez más nos reunimos esta noche para recrearnos y enorgullecernos con una nueva cosecha universitaria. Fue sembrada en tiempo la semilla, se laboró fuertemente sobre el surco, y “bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias” —para recordar a Barba Jacob— de la madre tierra, del alma mater, brota hoy el milagro sorprendente de los frutos (Clausura curso lectivo de 1960).

Hoy pareciera que esa frase va más allá del saludo a quienes recibieron su título ese día, pues más bien parece evocar el legado de él y de su generación, a la magnífica Universidad de Costa Rica de hoy, que ocupa el trigésimo cuarto lugar entre las 3680 mejores de América Latina y el puesto ochocientos cuarenta y uno entre las 26.360 mejores del mundo y que tanto debe a que *fue sembrada en tiempo la semilla y a que*

se laboró fuertemente sobre el surco de la madre tierra, del alma mater, gracias a lo cual brota hoy el milagro sorprendente de los frutos.

Sin que él ni nadie pudiera siquiera sospecharlo, ese discurso, junto con el que posteriormente —ya ex Rector— pronunciara por la radioemisora de la institución, fueron la despedida, no de la Universidad como él pensaba, sino de la vida misma, la cual perdería trágicamente seis meses después. En solo cuarenta y cuatro años de vida dejó una huella imborrable en la sociedad costarricense.

Rodrigo Facio estuvo marcado por las intensas conmociones sociales y políticas del país y del mundo de su época. Se afirma, no sin razón, que el siglo xx comenzó con la revolución rusa de 1917, año en el cual don Rodrigo nació. La fuerza de las clases subordinadas, explotadas, oprimidas y sojuzgadas, que tomaron el poder en Rusia, uno de los países más ricos, poblados y poderosos del planeta, la cruzada que emprendieron para extender la revolución a todas las latitudes y la respuesta inmisericorde de los sectores poderosos del mundo, que se sintieron seriamente amenazados, cambiaron la faz de la tierra. Toda la vida de don Rodrigo transcurrió en ese contexto.

Además, coincide la vida de Rodrigo Facio con una época seminal de la sociedad costarricense en la cual, desde el principio del siglo xx, las relaciones sociales se transformaron profundamente y dieron lugar a la aparición de nuevas clases y actores sociales que, al igual que en otros países de América Latina, generaron proyectos políticos nuevos, algunos reformistas, otros revolucionarios y respuestas violentas de los sectores detentores del poder. La confrontación internacional entre capitalismo y socialismo, entre el este y el oeste, se enraza en casi todos los países del mundo y Costa Rica no fue la excepción. Todos esos fueron ingredientes perfectos para una receta explosiva que produjo dictaduras militares en varios países de Nuestra América, golpes de estado, insurrecciones, represiones, invasiones y, en Costa Rica, la guerra civil de 1948, en la cual Rodrigo Facio, muy joven, juega un papel de primer orden, como uno de los ideólogos del bando triunfante.

En otras palabras, no fue un universitario neutral en una sociedad quieta. Fue un ciudadano comprometido plenamente con las tesis políticas y sociales que consideró justas para el bien del país, por las cuales luchó. Eso debe tenerse en cuenta al tratar de hurgar en su pensamiento universitario, donde se van a encontrar tantas cosas sorprendentes, como su auténtica tolerancia por las ideas diferentes, incluyendo aquellas del bando contrario y vencido en la guerra.

En esa convulsa época, ocupó puestos de representación estudiantil y fue uno de los más dinámicos integrantes de la Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho, dedicada al estudio de la realidad costarricense. En 1940, fue uno de los líderes intelectuales, con apenas 23 años, del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, academia pionera del pensamiento social demócrata que tanta influencia tendría en la vida posterior del país. Apenas graduado de Licenciado en Leyes en 1941, fue profesor de la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas. En 1944 fue nombrado Secretario General de la Universidad y más tarde, en 1947, Vice Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, donde pronto pasó a ocupar el puesto de Decano, al cual renunció pues fue nombrado Rector el 27 de setiembre de 1952, a los 32 años. Reelegido en dos ocasiones ejerció ese alto cargo hasta el 15 de enero de 1961.

Tanto la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1940, como la reforma liderada por Rodrigo Facio en los años 50 del siglo xx, tienen como telón de fondo una profunda transformación de la agraria sociedad costarricense: industrialización incipiente, clase media y empresariado emergentes, crecimiento demográfico, internacionalización

de los procesos económicos, avances tecnológicos, crecimiento del aparato estatal, crecimiento y sofisticación del consumo, penetración del mercado y la producción locales por grandes compañías internacionales, debates y preocupación públicas por el desarrollo y por la inequidad social.

Todo ello en un pobre y pequeño país que en 1960 solo contaba con un millón trescientos mil habitantes, cuyo Producto Interno Bruto era de 507.5 millones de dólares y su PIB per cápita de \$387; la esperanza de vida era de 58 a 60 años, el crecimiento de la población del 4,1 % anual (dato de 1965) la densidad era de 67 habitantes por kilómetro cuadrado y su pirámide poblacional era muy ancha en la base y muy angosta en su cúspide, lo que implicaba retos para la educación.

El proyecto político de la llamada Segunda República, enarbolado por los vencedores de la guerra civil, cuyos principales ideólogos fueron José Figueres Ferrer, Alberto Martén, Benjamín Núñez, Daniel Oduber, Carlos Monge Alfaro y al propio Rodrigo Facio, se propuso la redistribución del ingreso, la modernización y tecnificación de la administración pública, la abolición del ejército, la nacionalización bancaria como motor de desarrollo para impulsar la industrialización y la agricultura, la sustitución de importaciones, la integración económica centroamericana, la construcción de viviendas populares, la política de salarios crecientes, los programas de combate a la pobreza, la incorporación de las mujeres a la vida social, política y económica iniciando con el voto femenino, la ampliación de la enseñanza secundaria, la creación de las instituciones autónomas para atender los temas de la electrificación, las comunicaciones, el desarrollo rural, la vivienda, los acueductos y otros.

Además, la Segunda República rescató y amplió las reformas del régimen derrocado, tales como la ampliación de la cobertura de salud de la Caja Costarricense de Seguro Social, fundada por el presidente Rafael Ángel Calderón Guardia, el fortalecimiento de la Universidad de Costa Rica, también fundada por Calderón gracias a la iniciativa y a la cercana y significativa contribución de su ministro de Educación. Luis Demetrio Tinoco Castro y la reforma social que Calderón impulsó en alianza política con el Partido Vanguardia Popular y su líder Manuel Mora Valverde y apoyada moralmente por el jefe de la Iglesia Católica, Monseñor Víctor Manuel Sanabria Martínez. Esa reforma social incluyó el Código de Trabajo, la constitucionalización de las garantías sociales y el impuesto sobre la renta.

Como es lógico, en la base de ese ambicioso proyecto de la Segunda República fue ubicada la educación en sus diferentes niveles, desde la primaria hasta la superior. Siendo Rodrigo Facio uno de los inspiradores de ese proyecto político, es esperable que coincida con él en su pensamiento acerca de la Universidad. Pero hay que agregar, como dato importante, que no se contraponía ni se separaba significativamente de las ideas de aquellos distinguidos universitarios que militaron en tiendas políticas adversarias, a quienes cita a menudo y de quienes reconoce sus aportes.

Todo esto contextualiza históricamente el periodo en el cual se produjeron los discursos que se insertan en esta publicación, porque dibuja la intensa dinámica social, política y económica de la sociedad costarricense e internacional, en la cual Rodrigo Facio fue actor comprometido desde que era un estudiante, hasta que abandonó su cargo de Rector. Los discursos expresan cómo vislumbra el futuro la generación de universitarios liderada por Rodrigo Facio y el papel que debe cumplir la Universidad en la construcción de ese futuro.

Aunque lidera una de las transformaciones más profundas del ideario y la práctica universitarias en Costa Rica el Rector Facio no pretende, en manera alguna,

adjudicársela personalmente, lo cual muestra sus altos valores éticos. Su gran misión fue la de líder y debe recordarse que un líder, quien se puede encontrar solitario al tomar grandes decisiones, no está solo en la interpretación de la realidad circundante, ni en la elaboración del proyecto que propugna. Es líder quien sabe interpretar el signo de su tiempo, o sea, las corrientes más o menos evidentes o más o menos ocultas que ya existen en la sociedad. El mérito del líder es reconocerlas e ir más allá, descubrir el camino que ya se vislumbra, ver mucho más adelante y trazar rumbos de largo plazo. El líder es un profeta del presente y un anticipo del futuro. No es líder quien pretenda que nada hubo antes de sí mismo y que nada se hará sin su presencia, alguien así no es líder, sino sospechoso de sufrir algún grado de esquizofrenia.

El liderazgo del Rector Facio se despliega brillantemente en relación con la reforma de 1957, la cual provocaba fuertes resistencias en algunas Facultades profesionales, que temían una disminución de sus competencias, si se creaba la Facultad Central de Ciencias y Letras. Sin embargo, dos años después de asumida la Rectoría, el líder Facio logra aprobar el proyecto por unanimidad, en una Asamblea Universitaria integrada por más de trescientos integrantes provenientes de todas las Escuelas y Facultades.

Rodrigo Facio reconoce la inspiración de sus antecesores y de las instituciones antecedentes. Se siente continuador de la concepción universitaria surgida desde la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1843 y clausurada en 1888, de la educación superior que existió en Costa Rica entre esta última fecha y 1940, cuando se funda la Universidad de Costa Rica y de los primeros años de ésta.

Es diáfano al reconocer la influencia, sobre su obra, del rico debate y las avanzadas propuestas que se produjeron en la infancia de la Universidad de Costa Rica entre 1940 y 1948 y lo dice de esta manera:

El fermento renovador cuajó en 1946 con la presentación de una ponencia para reorganizar la Institución, presentada por don Abelardo Bonilla y don Enrique Macaya al Primer Congreso Universitario de Costa Rica.

De allí la idea pasó de una comisión a otra, viajó a los otros países centroamericanos en donde encontró el refuerzo de inquietudes similares surgidas en el seno de las Universidades hermanas, y fue finalmente convertida en decisión por el Consejo Universitario el 25 de noviembre de 1952, escasos dos meses después de haber asumido quien les habla la Rectoría de la Universidad. Pero es que ya para entonces era posible hacerlo: los fundamentos institucionales de esta Casa de Cultura Superior habían terminado de colocarlos los distinguidos Rectores anteriores: don Alejandro Alvarado Quirós, cuya perseverancia fue realmente la fuerza que logró restablecer la Institución; don José Joaquín Jiménez Núñez, quien le dió señorío e independencia; y don Fernando Baudrit Solera, quien consiguió para ella su completa autonomía jurídica y económica (Discurso en Ciencias y Letras, 1957).

Dicha ponencia de Abelardo Bonilla y Enrique Macaya recoge a su vez el producto de esos debates tempraneros de la primera década de la Universidad, en los cuales tuvieron definitiva influencia, además de los Rectores citados, los conductores universitarios de la época, como el Ministro de Educación y Presidente del Consejo Universitario, Luis Demetrio Tinoco y los decanos Jorge Volio Jiménez de Filosofía y Letras, Gonzalo González de Farmacia, Gregorio Martín de Derecho, José Joaquín

Jiménez Núñez de Cirugía Dental, Teodorico Quirós de Bellas Artes, Marco Tulio Salazar de Pedagogía, Fabio Baudrit Moreno de Agronomía, Arturo Tinoco de Ingeniería, Rubén Torres de Ciencias y profesoras y profesores destacados como, Alberto Brenes Córdoba, Alberto Martén Chavarría, Rogelio Sotela Bonilla, Manuel de la Cruz González y los ya citados autores de la ponencia, Abelardo Bonilla Baldares y Enrique Macaya Lahmann, entre otros.

Con solo seis años de existencia, ya en 1946 la Universidad de Costa Rica se planteaba aspectos centrales de la reforma que, enriquecida y sistematizada, se alcanzó en 1957. En la documentación del Primer Congreso Universitario celebrado ese año, constan acuerdos, que anticipan la reforma de 1957 y que se refieren a temas como los siguientes:

En el área académica, el establecimiento de un curso humanístico general y una carrera docente, la educación física como una actividad fundamental y, punto muy importante, la adopción del principio de departamentalización, de manera que todos los especialistas en cada disciplina se agrupen a fin de estimular y facilitar el avance del conocimiento. Además, se aprobó la obligación para todos los profesoras y profesores, de analizar los problemas nacionales en sus lecciones.

En el área de extensión universitaria se dispuso la organización de la editorial universitaria, del teatro universitario, y del museo de arte costarricense, la elaboración de un proyecto de Código de Construcción, la tecnificación de los Archivos Nacionales, la realización de exposiciones de arte, la producción de programas de radio para la extensión cultural, el fortalecimiento de cursos ambulantes científico-culturales y la adquisición de equipos de cine.

Además de lo anterior, se aprobó en el Primer Congreso, la citada ponencia de Abelardo Bonilla y Enrique Macaya, cuya influencia es innegable en la evolución posterior de la Universidad y, específicamente en la reforma de 1957. En ella se delinea el proyecto que la Universidad anhela en 1946, para su desarrollo a largo plazo. Comienza esta ponencia señalando que la Universidad carece de unidad pues las Facultades y Escuelas, que debieran estar enlazadas, caminan cada una por su lado, especialmente las de Filosofía y Letras y Humanidades. Esto atenta en contra del indispensable carácter universalista de la Universidad.

Propugnan por una Universidad académica, es decir, de cultura general humanística, lo cual debe estar presente en todas las profesiones. El principio —dicen— es cultura académica primero, especialización después.

Proponen una reorganización de la Universidad basada en esos principios.

Algunas de las proposiciones del Primer Congreso se ejecutaron de inmediato, entre otras, la fundación del teatro y la editorial. En relación con las demás, incluyendo las contenidas en la ponencia de Abelardo Bonilla y Enrique Macaya, se constituyó una comisión en 1947 cuyo funcionamiento, presumiblemente, se frustró en medio de la agitada vida política de ese año y la guerra civil del siguiente. Pero las ideas quedaron vigentes en el imaginario universitario.

Más adelante, en la década de los cincuenta, esa fuerte intención reformadora, fue densamente enriquecida por las reflexiones, los debates, las innovaciones y los aportes de los conductores de la Universidad de Costa Rica que acompañaron a don Rodrigo en sus años rectorales. En su discurso de inauguración del edificio de la Facultad de Ciencias y Letras, en 1957, destaca como contribuyentes importantes, a la par de él, en la elaboración de la reforma, a José Joaquín Trejos Fernández, Carlos Monge Alfaro, Rafael Obregón, Rodolfo Pinto, Guillermo Chaverri, Rafael Lucas Rodríguez, Claudio Gutiérrez, Enrique Macaya, Mariano Coronado, Gonzalo Adis, Otto Jiménez, Rodrigo Leiva, Edgar González, Francisco Amighetti, Carlos Enrique Vargas; Lenín Garrido y Guido Sáenz. Por no formar parte del claustro de la nueva Facultad, no menciona en este discurso, pero sí lo reconoce en otros momentos, a otras personas igualmente importantes en

ese proceso, como Emma Gamboa, Manuel de la Cruz González, Eugenie Rudín, Carlos Caamaño y Rogelio Sotela Montagné.

¿En qué consistió esa reforma de 1957, que sigue rindiendo jugosos frutos, y que fue tan larga, extensa y profundamente madurada? Rodrigo Facio lo resume magistralmente con su prosa rítmica, galante y clara

Para lograr esos objetivos, el medio parece ser engarzar la especialización sobre un fondo de cultura general que le permita, a cada especialista, asomarse con simpatía al huerto del vecino, y comprender que su propio huerto no se confunde con el mundo entero ni es la primera de todas las cosas (Discurso Ciencias y Letras 1957).

La Universidad de Costa Rica fue restablecida en 1940 como simple agregado o conjunto de Escuelas profesionales; así, más que como Universidad o universalidad, nació como diversidad. Fue, más que continente, archipiélago.

Lo profesional, con su aguda nota de especialización, preponderó sobre lo humano, lo social, lo cultural.

No intento demeritar el episodio de 1940: posiblemente era lo más que entonces podía hacerse, y era importante hacerlo. Se trataba de un primer paso.

Así fue como la Universidad nació entre nosotros, tan claro como suena, con el problema de su reforma ya planteado. Y apenas dejaba oír sus primeros vagidos la recién nacida criatura, cuando alrededor de su cuna se hablaba con audacia de la necesidad de someterla a una operación mayor.

Qué era lo que se pretendía, qué, en concreto, se buscaba?

Hacer de la diversidad, Universidad; del archipiélago, continente; de las partes, un todo (Discurso Ciencias y Letras 1957)

Para alcanzar esos objetivos, descritos con precisión en los anteriores párrafos, la reforma de 1957 se propuso recuperar la integralidad del saber, para lo cual estableció el principio de departamentalización aunado con una estrecha relación entre las especialidades, el fortalecimiento de las ciencias básicas en todas las ramas del conocimiento, el fortalecimiento de la investigación y, sobre todo, la perspectiva humanística del quehacer universitario. En el centro de todo, como objetivo privilegiado, estaban los estudiantes.

Se creó la Facultad Central de Ciencias y Letras en la cual a cada ciencia básica correspondía un departamento especializado, además la nueva Facultad impartía los estudios generales.

Por el principio de la departamentalización se eliminó la dispersión de las ciencias básicas para reunir las en departamentos exclusivos, propicios para el avance de cada disciplina. Por ejemplo, antes de la reforma, la Historia se impartía en varias carreras, sin que hubiera necesariamente comunicación entre profesoras y profesores y alumnos de esa disciplina de las diferentes carreras. Con la departamentalización, todas las actividades académicas relacionadas con la ciencia de la Historia, se agruparon en el Departamento respectivo de la Facultad de Ciencias y Letras y así sucedió con la Biología, la Química, la Sociología, la Filosofía y las otras ciencias y disciplinas básicas. De esa manera, se propiciaba el desarrollo de la ciencia y la investigación en departamentos propicios para la constitución de la masa crítica requerida y, punto importante, la docencia era ejercida por profesoras y profesores de cada departamento, quienes adquirirían mejores competencias gracias al trabajo común con colegas de su misma especialidad. Además, los departamentos impartían

carreras propias para la obtención de licenciaturas y, además, en coordinación con la Facultad de Educación, formaba a los profesores de segunda enseñanza.

Don Rodrigo sintetiza la departamentalización de esta manera:

Hemos roto sin perturbaciones ni conflictos el patrón clásico de Facultades de tipo eminentemente profesionalista, insulares y desconectadas, y lo estamos sustituyendo por un modelo revolucionario en el que las ciencias y las letras básicas están concentrándose en departamentos de una Facultad central que, al tiempo, tiene a su cargo un programa de Estudios Generales, administra un Primer Año común a toda la Universidad, ofrece carreras en todas las ramas de esos mismos departamentos, y se divide, con la de Educación, la forja del profesorado de Segunda Enseñanza (Discurso de clausura 1958).

Para evitar el “archipiélago”, los departamentos se reunían en la Facultad de Ciencias y Letras, entre cuyos objetivos estaría el cultivo de la interdisciplinariedad tanto en la investigación, como en la docencia. La construcción del edificio garantizaba la cercanía física entre los académicos de las diversas disciplinas.

El eje de la Facultad de Ciencias y Letras fue su Departamento de Estudios Generales porque, la totalidad de las y los estudiantes universitarios de primer ingreso, confluía allí para formarse en humanidades y ciencias básicas, con profesoras y profesores del más alto nivel, provenientes de los departamentos especializados. De esa manera, aprobados los estudios generales, iniciarían sus carreras profesionales con una visión integral del mundo para que, como ciudadanos y profesionales, apreciaran el arte y el deporte, conocieran los elementos de disciplinas ajenas a la propia, fueran hombres cultos, enemigos de los prejuicios, modestos, virtuosos y respetuosos, con una visión crítica de la sociedad y un compromiso cívico por ayudar a mejorarla, en otras palabras, con una formación humanista. Por eso dice de la Facultad de Ciencias y Letras que

Su objetivo último, como lo decía en otra oportunidad, es “formar el técnico sobre el hombre de ciencia, y el hombre de ciencia sobre el hombre culto, moral y socialmente responsable” (Discurso de clausura 1958).

La nueva estructura funcionó solo diecisiete años porque, en marzo de 1974, cuando se aprobó en definitiva, en la Asamblea Universitaria, el nuevo estatuto derivado del III Congreso, por iniciativa del Consejo Universitario, la Facultad de Ciencias y Letras se desmembró. Se constituyeron tres entidades separadas, la Facultad de Ciencias Sociales, la Facultad de Ciencias y la Escuela de Estudios Generales, sin que tal iniciativa formara parte de los acuerdos del III Congreso.

Quien escribe estas líneas ejerció como Secretario General del III Congreso en 1972-73 y le tocó organizar, como primer Decano, la recién creada Facultad de Ciencias Sociales en 1974, que hoy es motivo de orgullo. No obstante, la desaparición de la Facultad de Ciencias y Letras y el establecimiento, en forma separada, de una Escuela de Estudios Generales, puede considerarse un retroceso de la reforma de 1957, porque las profesoras y profesores de esta Escuela, ya no provienen necesariamente de Departamentos y Escuelas especializados. Por el contrario, pertenecen a la propia Escuela de Estudios Generales, aislados de la masa crítica de su especialidad. Se perdió el beneficio que se buscaba originalmente, al poner a los especialistas de más alto nivel en contacto

con las y los estudiantes que apenas ingresan a la Universidad. Además, se perdió también la interdisciplinariedad que se buscaba entre las ciencias naturales y exactas con las ciencias sociales y las humanidades, al agruparlas en Facultades diferentes.

No obstante, esa polémica decisión podría quizás explicarse, si consideramos que una Facultad integrada por las actuales de Ciencias y Ciencias Sociales, más la Escuela de Estudios Generales, sería gigantesca y tal vez, desproporcionada. En la época del III Congreso, las Facultades profesionales temían que una Facultad de Ciencias y Letras de grandes dimensiones, la podrían convertir en un factor de poder excesivo. Quizás, esa fue una de las razones de su desmembramiento.

Antes se dijo que el centro neurálgico de la reforma de 1957 fue el estudiantado. Rodrigo Facio era muy cercano a las y los estudiantes, de quienes tenía una opinión muy positiva, casi idealizada, les tenía fe y confianza. Sabía que en pocos años conducirían el país desde lo público o desde lo privado, desde la dimensión más intelectual hasta la más práctica, desde la más espiritual hasta la más descarnadamente material. Quería remitirlos a la vida social, armados de una visión humanista, de una cultura general sobre todas las ramas del conocimiento y de un dominio riguroso sobre aquella en la cual se graduaron. Quería enseñarles a aprender para que pudieran estar al día en los avances de su especialidad y de las otras ramas del saber. Luchó por inculcarles altos valores éticos, lo cual se aprecia en los discursos de clausura y entrega de títulos. Les habla de su responsabilidad para con una Patria que hizo posible sus estudios, creando la Universidad, fortaleciéndola y financiándola. Los insta a devolver algo de lo recibido, ejerciendo sus profesiones con responsabilidad, con altos valores éticos, solidarizándose con los más necesitados y pensando más en lo colectivo que en su enriquecimiento personal y a no cortar los lazos con la institución que los graduó. Fortaleció la ayuda económica para estudiantes de recursos escasos, aunque con las limitaciones financieras propias de la Universidad de entonces. A quienes llegaban por primera vez, les instaba a estudiar y leer, pero también a divertirse, a escuchar buena música y a participar en actividades extra curriculares, como el teatro, el coro y los clubes de lectura, de poesía o de montañismo, así como a participar de las elecciones estudiantiles siendo electores o elegibles e interesarse en los asuntos de sus Escuelas y Facultades. Auspiciaba la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad hasta el punto de proponer que se les encargara la administración total de los asuntos estudiantiles y proponía que los exámenes se hicieran sin vigilancia, con solo una declaración de que no se incurriría en fraude. A él le bastaba la palabra de la juventud, en la cual confiaba.

Diseñó los planes de estudio y las carreras pensando en las necesidades de una sociedad que empezaba un nuevo estilo de desarrollo, derivado del proyecto socio político iniciado en 1940, continuado en 1948 y que alcanzó su cénit en los años de su rectoría, con guerra civil de por medio. Tiene claro hacia dónde dirigir sus esfuerzos y diáfano el papel que está llamado a cumplir esa juventud que fue su discípula desde antes y durante su largo periodo rectoral y de las generaciones vendrían después.

No resisto la tentación de evocar que fui parte de ese estudiantado al que don Rodrigo tanta fe tenía, porque ingresé a la Universidad precisamente en 1957 y me tocó estrenar no solo el edificio de la Facultad de Ciencias y Letras, sino la profunda y vigorosa reforma universitaria que se inició ese año, conducida sabia, serena y paternalmente por ese queridísimo Rector que en esa ocasión nos ofreció un almuerzo campestre a las mil personas que ingresamos y un hermoso discurso que forma parte de esta publicación.

Por ilustración y para solaz, insertamos dos citas, pocas y cortas, pero enjundiosas, sobre como veía a las y los estudiantes, tema recurrente en los discursos que hemos reproducido aquí.

Sobre su confianza en los estudiantes decía:

Si preguno que deberá comenzarse dentro de muy poco a estudiar la manera de confiar a los propios estudiantes el contralor de todo lo atañadero al orden y la disciplina en la Universidad, no faltarán unos cuantos que digan, con derrotista inflexión en la voz, que en Costa Rica eso no se puede hacer. ¿Y por qué no? preguntaría yo. ¿Es que se ha ensayado alguna vez? ¿Desconfiamos de nuestros jóvenes porque los hemos visto fracasar o simplemente porque son jóvenes? ¿Es que es lícito desechar como imposible una política antes de que la experiencia nos haya convencido sin remedio de que ella no es practicable? Y muy especialmente, ¿será lícito hacer tal cosa en una institución educativa cuya misión es precisamente esa: educar? Y aún más: ¿podremos estar tranquilos quienes estamos al frente de la institución dejando de hacer el ensayo, si es que en realidad consideramos nuestro deber preparar generaciones para la democracia? Yo he tenido, con motivos especiales, ocasión de ver cuán responsables y serios son nuestros estudiantes cuando se les trata como hombres, así como de constatar las superficialidades y simplezas de que son capaces cuando se les trata como niños (Discurso de clausura 1955).

Sobre el compromiso ético les advertía:

El privilegio de ser universitario, tienen ustedes que justificarlo y mantenerlo, obligándose a estudiar mucho ahora, y comprometiéndose a no considerar su título, mañana, como un simple medio de ganarse la vida, sino como una bella oportunidad de servir mejor a sus conciudadanos y, en general, a sus semejantes (Inauguración edificio de Ciencias y Letras 1960).

Sus relaciones con los estudiantes siempre fueron consecuentes con esas palabras.

El Rector Facio mantiene una constante preocupación por otros temas como la relación de la Universidad con la sociedad y permanentemente llama la atención sobre la obligación moral de los graduados de retribuir a la sociedad por lo que hizo la Universidad por ellos, sobre la obligación universitaria de contribuir al fortalecimiento de la democracia, graduando profesionales de muy alto nivel profesional y con preocupaciones cívicas, recuerda con frecuencia el compromiso universitario de poner la creación estética al alcance de sectores cada vez más amplios de la población, de esforzarse por atraer a las aulas universitarias a estudiantes de las capas menos favorecidas y reprueba el uso de la institución universitaria para el proselitismo, la agitación y el adoctrinamiento. Todo esto lo resumen en frases lapidarias como las siguientes:

Una Universidad como la de Costa Rica, Universidad joven y pobre de un país joven y pobre, debe tener por norte el servicio a la comunidad (Discurso de clausura 1956)

Pero la Universidad, ya como institución, ¿qué estaría llamada a hacer para fortalecer la conciencia social y nacional de sus estudiantes y estimular su beligerancia ideológica? No puede ni debe, desde luego, adoctrinarlos, imponerles

una línea de pensamiento, porque eso significaría traicionar su propio espíritu de libertad. Pero sí puede y debe contribuir a despertar el interés por los grandes problemas nacionales... (Discurso de clausura 1960).

Dedicó mucho pensamiento y se refirió en muchos de sus discursos a la libertad. Su ideal es de una universidad libre en un país libre. La libertad no es un don estático.

Para ella (la libertad) detenerse es agostarse, congelarse es perder el hábito de vida. Ella, criatura exigente y sugestiva, no puede simplemente sobrevivir, tiene que vivir a plenitud; no puede simplemente vegetar; tiene que propagarse. Y su manera de vivir y de enraizar, de crecer y fortalecerse es, de acuerdo con su propia naturaleza, ir extendiéndose continuamente a nuevos terrenos de las relaciones sociales (Discurso de clausura 1960).

Y la manera de construir y reconstruir la libertad en la Universidad es trabajando con seriedad y honestidad, enseñando conocimientos y principios morales, devolviendo a la sociedad el esfuerzo que ella hace por la institución, graduando personas cultas y solidarias.

El pensamiento de Rodrigo Facio sobre la Universidad es más nutrido y amplio de lo que se ha dicho en estas líneas, las cuales no han tenido otra pretensión que la de contextualizar. Como puede apreciar quien se dé el gusto de leer sus discursos, el Rector Facio expresa sus ideas acerca de muchos otros temas como la universidad y el desarrollo, la autonomía universitaria, de la cual no se ocupa mucho, porque de sus frases se deduce que la percibe suficientemente resguardada por la Constitución Política. Analiza el papel de la Universidad en la consecución de los objetivos de la integración centroamericana a la cual dedica sesudos párrafos. Se involucra en los debates ideológicos de su época y critica, desde su perspectiva social demócrata, tanto al liberalismo individualista como a la expresión comunista del socialismo. En los discursos pronunciados al inaugurarse los edificios, se nota la claridad que tenía acerca del plan urbanístico de la ciudad universitaria de la cual, en su gestión, se construyeron cinco, con recursos propios de la Universidad, producto de la venta de las propiedades en el centro de San José, de donde se tomaron también los fondos para adquirir los terrenos.

Es placentero disfrutar de la lectura de estos discursos envolventes. Se nota en su estilo la influencia del modernismo; su prosa es elegante, a veces atrevida en estilo y en sintaxis, pero siempre clara y adornada, a menudo, con oportunos, precisos e ilustrativos fragmentos de poetas de su devoción.

Quienes editamos la Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, nos sentimos muy satisfechos de poner a disposición de nuestros lectores, este manojito de invaluables discursos del Rector Rodrigo Facio Brenes, que en sí mismo constituye un tesoro y un regalo para el espíritu.

*Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.
Junio, 2017*